

LA NOVELA FILM

N.º 161

30 cts.



¿QUIERE V. HACERME SU ESPOSA?

POR

ALICE JOYCE, MALCOLM Mc. GREGOR, VIRGINIA LEE CORBIN, ETC.

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

AÑO IV

N.º 161

¿Quiere Vd. hacerme su esposa?

Comedieta americana dirigida por EDWARD H. GRIFFITH y exquisitamente interpretada por Alice Joyce, Virginia Lee Corbin, Malcolm Mac Gregor, Harry T. Morey, Elliott Nugent, etc.

EXCLUSIVA DE

Príncipe-Films, S. L.
SAN SEBASTIAN

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

FILMS PIÑOT
Calle Valencia, 228 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
GEORGE ARLISS

EL ALERO AL
CIRCUITO DE LOS
ESTADOS UNIDOS

¿Quiere Vd. hacerme su esposa?

Argumento de la película

I

EL SECRETO DE FELISA

Roger Hillman es el editor de uno de los más grandes rotativos neoyorquinos, una de esas colmenas en las que laboran, bajo los amplios abovedados suntosos, un enjambre de abejas de la pluma, manos activas y cerebros fecundos, cuerpos y almas atadas a las prensas en perenne esclavitud...

Roger, ducho en su oficio, nacido entre tipos y criado a pechos de alguna rotativa gigante, es hombre que sabe perfectamente sa-

car partido de un incendio, un terremoto o un huracán; pero le queda aún mucho que aprender sobre sí mismo. Es un verdadero ingenuo, un alma candorosa, una cuartilla en blanco.

Presta sus servicios en aquella abigarrada redacción, Felisa Dayle, una redactora de claro talento y exquisita corrección. El asunto más insignificante resulta sugestivo bajo su vivida pluma.

A primera vista, Felisa es dichosa. En su fino rostro de trazos serenos, en el que brillan inteligentes sus ojazos negros, profundos, atraíentes, hay una gran serenidad. Es la resolución firme de quien sabe vencer en la vida, siguiendo una senda rectilínea, apartando abrojos y saliendo indemne de los zarpazos de la envidia, del egoísmo, de la lujuria.

Y aquella mujer, cuya felicidad envidian todos, guarda un secreto en su vida privada y también bajo la calma de sus ojos, se agitan las inquietudes del destino.

De su primera juventud, de sus primeros sueños de amor, la dejó el tiempo un recuerdo: su hija Rosaura.

La maternidad de Felisa es un secreto que ignoran sus mismos compañeros. Su Rosaura no vive con ella... Aprende... más de lo que debe, en un colegio próximo a Nueva York, lejos del bullicio escandaloso de la urbe moderna, en el retiro austero donde, según cree Felisa, no llegan ni el black-botton, ni las *lenguas vivas*.

Y precisamente aquel día, cuando "Clarisa", el marrullero redactor de albas guedejas, que se volvieron plata *incorporando* sucesos, acaba de dejarle encender un cigarrillo en su cachimba, la sutil redactora, recibe los siguientes telegramas:

Felisa Dayle, N. Y.

Lamento comunicarle que Rosaura Dayle fué expulsada colegio por graves y repetidas infracciones reglamento orden interior.

Priscila Smith

Felisa Dayle, N. Y.

Pasé toda la noche fuera del colegio en el baile. Vejestorios directoras escandalizadas me despidieron. Son todas solteronas. Salgo auto esta noche.

Rosaura

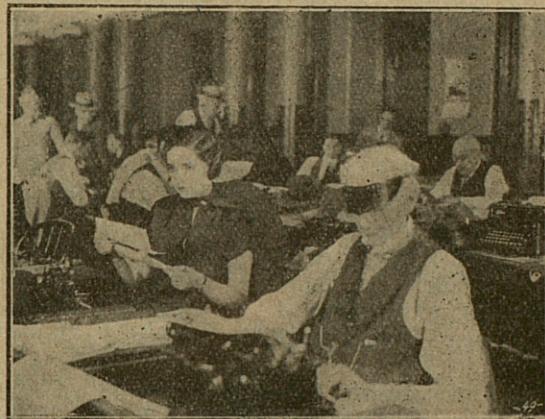
Preocupada por la conducta de su hija y más que nada por el regreso precipitado e imprevisto de Rosaura, Felisa se decide a regresar a su domicilio, para poner en orden su cerebro y apuntalar el edificio de su porvenir amenazado por aquel acontecimiento sorprendente.

Y hay tal tristeza en sus ojos, que una cariñosa compañera la dice al pasar:

—Yo corregí las pruebas de su trabajo:

"¡Qué funesta boda!..." ¡Y cómo se parece a usted esa novia, Felisa!

Roger Hillman la saluda al salir y la pregunta cariñoso:



La sutil redactora recibe dos telegramas...

—¿La gustaría a usted ir de corresponsal del periódico a la Convención Internacional de la Mujer, en Ginebra?

La autora de "¡Qué funesta boda!..." suspira profundamente y exclama melancólica:

—¡Si supiera usted, Roger, qué convención más importante tengo yo entre manos, sin mo-

verme de aquí!... He de celebrar asamblea conmigo misma...

II

LOS DOS AMORES DE FELISA DAYLE

En plena madurez de su vida, había irrumpido en el corazón de Felisa un gran amor, un amor inmenso, aumentado por la realidad de los años, ese fantasma torturador de las mujeres, y venganza de los espejos, molestos de copiar tanta belleza sin podérsela asimilar nunca.

Y precisamente en aquel momento en que Rosaura (raquetaada por un religioso "Parnard" le decía a su conductor, un espléndido Juanito... Lanas: "—¡Oh, Juanito, qué desliciosamente dominador es usted!... ¿Quiere usted hacerme su esposa?", Felisa esperaba a su novio...

Precisamente porque tenía dinero bastante para comprarlo todo, Laurencio Emmet, el novio de Felisa, sólo apreciaba el valor de aquellas cosas que el dinero no puede darnos.

Llegó Laurencio como siempre, con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos.

Tras la caricia de sus ojos brujos y de su boca dulzarrona, dijo a la pobre madre torturada:

—Hace más de dos años que estamos prometidos, Felisa... ¿Cuándo vas a fijar el día de nuestra boda?...

Vuelta de pronto a la realidad, la pobre mujer tuvo apenas fuerzas para contestar:

—No, no puede ser, Laurencio... Hay algo, íntimo y poderoso, que me lo impide.

Y mientras miraba insistente el tardo reptar de las agujas del reloj, cruzaba por la imaginación de la infeliz, su *algo íntimo*, aquel *algo* guardado religiosamente para todo el mundo: el encantador secreto de diez y siete años, de casco de oro y ojos azules...

Y como obedeciendo a un secreto pensamiento añadió:

—Somos casi de la misma edad, Laurencio... A veces pienso que deberías casarte con una mujer mucho más joven que yo...

—Tú eres bastante joven para mí.

—¡Oh! no tan joven Laurencio... Y mañana...

Y seguía mirando, insistente, aquellas agujas cuenta horas que parecían punzar en el misterio del mañana.

—¿Mañana, qué? — contesta Laurencio, que celoso del reloj que le roba las miradas de la amada, oculta la esfera bajo el sudario de su pañuelo.

—Sólo faltan unas horas para que el destino fije otro jalón en la senda de mi vida.

—Tu cumpleaños, ¿verdad? Lo celebraremos con una fiesta... Ya verás...



—¿Cuándo vas a fijar el día de nuestra boda?

Pero Felisa apenas le oye... Es verdad... aquel día cumple años... ¿cuántos? No quiere saberlo... y menos ahora en que el contraste va a hacerse más patente...

.....

Apenas ha dormido aquella noche, desassegada por pesadillas continuas, durante las que le hacían cosquillas las flechas de Cupido y los deditos afilados de Rosaura.

Y llegó la mañana... y con ella la entrada en casa de Felisa, de una ráfaga de primavera: risas, gorjeos, juventud...

Y Rosaura, como una tromba carcajeante y florida, arrollando a la pobre camarera, vieja, como sirvienta de ama madura, irrumpió en la alcoba, en pugna con el sol y con el alba.

Pasados los primeros arrebatos expansivos, hablan madre e hija:

—¿Pero qué has hecho, chiquilla?... Me tienes muy disgustada...

—¡Bah! No les hagas caso a esas gazmujas... ¿Qué saben de dirigir un colegio esas estantiguas? Claro, si ya están mandadas retirar por viejas...

—Por eso quiero yo conservarme joven, querida Rosaura, y tú debes ayudarme haciéndome parecer más joven todavía.

—Pero, mamá, si a tus años no se es vieja. Nadie podría llamártelo con razón. Ya quisiera yo llegar a tu edad...

Y Rosaura con una desenvoltura que ya ha llamado la atención de su madre, saca del bolso una elegante pitillera y se dispone a fumar un aromático cigarrillo... Ante la mirada de asombro de Felisa, la pizpireta chiquilla, colegiala cómicamente seria dice:

—Naturalmente que fumo... ¿No tengo una educación moderna...?

—Rosaura... Rosaura...

Y hay tal tristeza en su voz, que aquel pá-



Pasados los primeros arrebatos expansivos, hablaron madre e hija.

jaro loco, con dientes de nácar y labios de sangre, la dice besuqueándola ruidosamente:

—¡Ay mamaíta...! Te encuentro no sé cómo... sin ánimo, apagada... ¡Yo me quedaré aquí y te volveré a la vida!

—¡Ella se quedará aquí...! — piensa Fe-

lisa... y como un presagio de futuros males, pasan ante su mente jirones de sus sueños, de su ilusión, de sus esperanzas...

¡Pobre madre que sin dejar de serlo, aun quiere ser novia...!

III

EL CUMPLEAÑOS

El tiempo es un *íntimo* amigo con el que reñimos con frecuencia y al que llegamos a olvidar a la larga...

Solemos recordar los cumpleaños hasta los treinta...

A partir de esa edad, los olvidaríamos... de no haber quien se encargara de recordárnoslos...

Y aquel día, cumpleaños de Felisa, el número... no sé cuántos... —¡no lo sabía ella misma! — ¿cómo íbamos a saberlo nosotros? — llegaron los recordatorios en forma de amigos cariñosos a felicitarla.

El primero en llegar, fué nuestro antiguo conocido Roger Hillman, el director del rotativo en que presta sus servicios la festejada, portador de un pastel monumental, con cuyo dulce voluminoso han de resultar más dulces los desengaños de la vida.

Roger, medio oculto tras la caja de cartón, que contiene el regalito, ve aparecer ante él como una divina jugareta del destino, a la graciosísima Rosaura, alegre y cantarina como una fontana oculta entre flores, con su boquita de piñón, albergue de picardías, y sus ojazos de terciopelo, que acarician al mirar; y al verla así tan tierna..., tan joven, el bueñazo de Hillman dobla el pastel y se pone meloso.

—¿Está en casa la señorita Dayle?

—Sí, señor, sí... Espere usted un momento... Voy a avisarla... Soy de la familia, ¿sabe?

—¡Oh, ya se ve!... Usted debe ser hermana de Felisa.

—¿Hermana?... — y Rosaura abre unos ojos tamaños, pero de pronto, soltando una carcajada, añade: ¡Eso es!... ¡Su hermanita pequeña!... ¡Pero qué retegracioso es usted!

Corre Rosaura al tocador de su madre, donde ésta, con más cuidado que otras veces, procura dar a su rostro toda la frescura apetecible, y la anuncia la visita de Roger. ¡Todo va a descubrirse!

—¡No te preocupes, mamá! Pensando que eso podría agradarte, le he dicho que eres mi hermana.

—¡Pero qué locuela eres, Rosaura!

—Yo creí que tú ocultarías a todo el mundo tu cumpleaños...

—Al señor Hillman, no. Tal vez quiera asistir a nuestra reunión de esta noche...

Y mientras la madre termina su *toilette*, su hija va a hacer los honores al visitante y a su pastel monumental.

Después de los saludos de rigor y... de dejar el pastel, se sientan ambos interlocutores.

—Tenemos una pequeña fiesta en la Rue de la Paix, en honor de Felisa — dice Rosaura a Roger, envolviéndole en una mirada de fuego que hace nacer alguna letra en aquella cuartilla con gafas—. Usted nos honrará con su presencia ¿no?

—Me será muy grato... después de haber dejado al chico en la cama.

—¡Ah! Pero... ¿es usted casado?

—No, no... Esa es una frase de nuestro argot, con la que indicamos que el periódico va a entrar en prensa.

—¡Ah!

Rosaura, que decididamente no puede estar quieta, ni con la lengua, ni con los ojos, ni con las manos, como si tuviese la sangre de azogue, saca un cigarro y se dispone a encenderlo, ante los ojos atónitos de Roger el impecable.

—Señorita... — exclama extremadamente serio—. ¿Nadie la ha dicho a usted que la juventud que fuma se anticipa a graves enfermedades?

Rosaura le contempla admirativa.

— ¡Oh! ¡Usted sabe de todo, señor Hillman!

— ¡Cuánto daria por que eso fuera verdad! — suspira ingenuo el editor. — Pero créame... sabía más que hoy hace diez años!...

En aquel momento llaman a la puerta. Es Laurencio Emmet, impecable, elegantísimo, que viene con el corazón en los labios a felicitar a su adorada.

Roger Hillman, como conocido *más antiguo*, se apresura a presentarle a Rosaura.

— Permítame, señor Emmet, que le presente a la hermanita de Felisa.

Sorprendido agradablemente, Laurencio saluda afectuosamente a aquella muñequita adorable y se sientan los tres en un diván, en el que la *hermanita* de Felisa sigue su flirteo por partida doble...

Roger tiene que salir, el periódico le reclama; y la avisada colegiala una vez a solas con Laurencio, coqueta con él diestra y astuta, con una ciencia mundana, que seguramente no la enseñaron las solteronas gazmoñas que acaudilla Priscilla Smith.

— Tiene usted aire de dominador, señor Emmet... Precisamente como a mí me gustan los hombres.

Y no le soltó su muletilla de costumbre: “¿Quiere usted hacerme su esposa?”, porque en aquel momento y cuando ya Laurencio iba olvidándose de que estaba *allí*, hizo su aparición Felisa, a tiempo de sorprender las picar-

días de su hija y la mirada golosa de su novio...

Y aquella primera punzada del dolor entreabrió aun más los labios de su herida cuando él la dijo curioso:

— No me habías dicho que tenías una hermanita tan encantadora...

IV

LA OVEJA Y EL LOBO

El gran café de la Rue de la Paix estaba deslumbrador aquella noche. Indudablemente las comidas a la americana son un admirable pretexto para no comer, y el que inventó el *jazz-band* debía ser un enfermo del estómago, que quería engañar a ese órgano atrofiado, con sucesiones de aires complicados. No lejos de la mesa en que está sentada Felisa, con su *hermanita*, y su novio, se encuentra Daniel Austen, hombre para quien el dinero es agua que debe correr, y las mujeres vino que debe paladearse...

Austen, tras un divorcio ruidoso, ha contraído segundas nupcias con Estrella Austen, en un tiempo “chica del coro” y que ahora, como esposa número dos del millonario, sa-

biendo las *debilidades* de su marido, va con éste a todas partes acompañada de su abogado.

Al calavera Austen le ha llamado la atención la belleza de Rosaura y con el pretexto de felicitar a Felisa por su cumpleaños se dirige a saludarla.

—No pasará mucho tiempo sin que le coja en flagrante infidelidad. Yo vigilo y espero — murmuró la esposa de Austen.

Este ha llegado en tanto a la mesa de Felisa, a quien dice Laurencio al presentarse el millonario:

—Creo, Felisa, que tú conocías ya al señor Austen, ¿verdad?

—Indudablemente — responde Austen anticipándose—. Usted, señorita Dayle, divirtió al mundo con habilillas y cuentos sobre mi pasado divorcio. Pero yo no soy rencoroso y quiero corresponder distrayendo un poco a ustedes...

Y el calavera Daniel fué a sentarse al lado de la casquivana Rosaura, que le acogió con una de sus prometedoras sonrisas, en el mismo instante en que hacía su entrada triunfal el notabilísimo editor Roger Hillman, que ya estaba *mochales* perdido por la simpatiquísima hermanita de su brillante redactora.

Es costumbre en Norteamérica, adornar el pastel de la comida de cumpleaños, con tantas velitas como años cumple el festejado.

A Felisa no le urgía mucho el que se ilu-

minase el pastel... Así destacaba menos el número de velitas... y eso que ella había susstraído unas cuantas a la verdad.

Austen logró, por fin, sacar a bailar a Rosaurita, y con los ojos encandilados y paladean-



El calavera Daniel fué a sentarse al lado de la casquivana Rosaura.

do ya por anticipado su conquista, dijo de pronto:

—¿Por qué no vienen todos ustedes mañana a mi casa? Daré un te para amigos, casi en intimidad...

—A mí me gustaría ir... — contestó seductora Rosaura.

—¿Qué sería un te en la intimidad?...

Así pensaba Rosaura, que no era mala, pero sí excesivamente curiosa... que es una cosa muy parecida, *al exterior*.

Laurencio, al que decididamente hacía mella la gracia cascabelera de su *cuñadita*, a la que no quitaba la vista de encima, con gran desconsuelo de Felisa, que empezaba a sentir celos de su hija, decía en tanto a su novia:

—Creo que Rosaura no ganará nada si la ven en compañía de un hombre como Austen.

Terminado el entremés pautado, y vueltos a la mesa, se despidió Austen relamiéndose por anticipado y ocupó ¡por fin! su sitio el buenazo de Roger, al que minutos después, decía Rosaura asaltándole con la mirada traída de sus ojos brujos:

—Veo en usted al hombre imperioso de mis sueños, Roger. ¿Quiere usted hacerme su esposa, para que sienta su dominio?

Después de pensar en ello toda la noche, Felisa comprendió que su fiesta de cumpleaños había sido un gran éxito... para Rosaura.

V

SIGUEN LAS LOCURAS DE ROSAURA

Al día siguiente, charlaban madre e hija sentadas en la cama.

—No seas loca, Rosaura... Pareces una chiquilla... y ya va siendo hora de que sientes la cabeza.

—Cuanto más joven parezca yo a la gente, más joven te creerá la gente a ti.

—¿Verdad que anoche te divertiste mucho, Rosaura?

—Mucho, mamá. Y a propósito... Laurencio estuvo amabilísimo conmigo. Precisamente es él, el tipo de hombre que me gusta para esposo...

Aquello pasaba de la raya y Felisa se decidió a intervenir. Por eso, al llegar aquella mañana Laurencio, trató de hablarle en serio.

—Tu deliciosa hermanita es una coqueta. Me duele pensar que pueda ser un juguete en las manos de un hombre como Austen.

Así ahblaba Emmet minutos después. Felisa creyó llegado el momento y contestó poniéndose repentinamente seria:

—Oye, Laurencio... Tú sabías que era viuda... En cambio, ignorabas otra cosa...

—¿El qué?... — preguntó Emmet sorprendido.

—Rosaura no es mi hermana... Es mi hija.

—Pero... pero... ¿por qué no me lo dijiste?

—Creí que esto me haría parecer demasiado vieja y temí que tú...

—¡Qué tontería! ¡Como si tener una chica tan linda fuese para avergonzarse!

Y la atrajo hacia sí dulcemente, en el mis-

mo instante en que apareció Rosaura, dispuesta para salir a la calle.

—Bueno, señorita Pólvora — exclamó Laurencio —, ¿Se puede saber a dónde va usted?

—¿Qué es eso? — contestó Rosaura que había sorprendido el abrazo —. ¿Cómo se permite usted semejantes travesuras con mi hermana?

—Ya sé lo que hay en eso de la fraternidad, locuela,... me lo acaba de decir tu madre

—¿Por qué no has seguido callando mamá?... — dijo Rosaura besando a su madre —. ¡Yo que encontraba esto tan divertido...!

Y volviéndose mimosa hacia Laurencio, añadió:

—Pero usted me seguirá queriendo como hasta ahora ¿verdad Laurencio?

Y sin esperar la contestación, salió corriendo de la estancia.

—¿ A dónde demonios irá tan ligera? — preguntó Emmet.

—No sé... Ella dijo algo de una reunión, de una fiesta de amigos...

—Será el te de Daniel Austen... Me temo algún escándalo, porque la mujer de Austen, que es enormemente celosa, no deja de vigilarlo un momento. Yo caeré por la casa que tiene alquilada Austen para sus francochelas.

...
El te anunciado por Daniel Austen, no era en su casa como dijo, y en cuanto a íntimo,

sería según lo que él entendiera por intimididad.

Cuando Rosaura entró allí, aquello era una bacanal. Daniel trató de excusarse y después de saludar cariñosamente a su *amiguita* y ofrecerle algo, que no era agua precisamente, la dijo:

—Ya lo ve usted, señorita; mi mujer no me comprende... y yo trato de divertirme... Pero estos son unos locos... ¿Por qué no viene usted mañana a las tres...? Estaremos solos...

Rosaura pensó: ¿qué será eso de estar solos...? Y prometió ir.

VI

UNA CALABAZA QUE VA Y VIENE

—Amigo “Clarissa”, estoy enamorado de una criatura maravillosa. ¿Cuál será el método más eficaz de aproximación?

Así decía aquel mismo día, Roger Hillman al viejo redactor de su diario.

—Un poco de romanticismo y un mucho de audacia. Con esto, la victoria es segura.

Al día siguiente, Roger Hillman visitó a Rosaura, dispuesto a tener la audacia necesaria y todo el romanticismo posible.

Una vez solos, sacó un estuche del bolsillo, con una sortija preciosa, que se apresuró a ofrecer a la muchacha.

—¿Para mí? — preguntó ella palmoteando.

—Sí, para usted. Es el... el anillo de compromiso.

—Tendré que consultar primero con mi hermana.

—Yo pensé que esto era cosa hecha; tanto que también compré el anillo de boda.

—Usted ha dado por supuesto lo que no existe, Roger — contestó Rosaura poniéndose seria.

—¡Cómo no! — dijo Roger sorprendido desagradablemente—. ¡Usted me pidió la otra noche que la hiciera mi esposa!

—Bah! ¡Sería una de tantas cosas, como decimos las mujeres por tontear, por pasar el rato...!

—Entonces usted es una coqueta...? ¡Lo que yo odio más en el mundo!

—Ah! ¿sí? ¡Pues me alegro! —y cínicamente encendió un cigarrillo.

—Está bien! Siga usted endureciendo sus arterias con el tabaco... ¡Las coquetas deben morirse cuanto antes!

Y Roger salió de aquella casa echando venablos, yendo a contarle a "Clarissa" su infortunio.

—Hice exactamente lo que usted me dijo, y la niñita se ha burlado de mí lindamente... Es una chica a la moderna...

—¡Ah! ¡Es moderna? De saberlo a tiempo, le hubiese aconsejado a usted que la tratase con toda dureza... ¡Es de un resultado infalible!

—Estoy contrariadísima, mamá! ¡Mis hombres me han sublevado los nervios!

—¿...?

—Roger acaba de pedirme que me case con él, y ayer... ayer, me hizo también Laurencio oferta de matrimonio.

—Pero tú eres demasiado joven, querida...

—dijo Felisa estremeciéndose—. Esas proposiciones suelen ser pura galantería de los hombres.

—Puede que sea así; pero Roger tiene ya hasta el anillo de boda, y Laurencio me ama de verdad... ¡Estoy segura de que me ama!

—Eres muy afortunada, hija mía! — exclamó Felisa, tras un momento de silencio, pues el golpe había sido demasiado directo—. ¡Hay pocos hombres tan admirables... tan dignos del amor de una mujer... como Laurencio!

Y en aquel momento Laurencio Emmet hizo su entrada en la estancia.

Sabía él que estaba jugando con fuego... e ideó combatirlo con agua.

—Como Rosaura es tan aficionada al agua, voy a llevarla a las lagunas Riviera. ¿No quieres tú venir?

—No..., me quedaré... — dijo Felisa con tristeza.

—¿Te encuentras mal, Felisa?

—No, mamá está perfectamente — contestó por ella Rosaura—. Un poco fatigada nada más... Es que la pobrecita trabaja con exceso...

Y la pareja feliz, se trasladó a los baños, en cuya piscina hicieron durante un rato dia-bluras.

Hartos ya de ejercicio, se sentaron en un banco a descansar. Laurencio, sin ver el peligro, insinuó:

—¡Cuánto te quiero, chiquilla!

—¿Me quiere usted mucho? Ya le he dicho a mamá que nos hemos prometido.

—¿Cómo?

—Sí, se lo he dicho y se ha mostrado complacidísima.

—Pero tú sabes el disgusto que la has causado? ¡Qué disparate! Yo veré a tu madre y la diré la verdad. ¡No faltaba más! ¡Tú y yo prometidos!...

Y Laurencio se agitaba furioso.

Ante aquella muestra de despego, Rosaura, desengañada, le dejó plantado, abandonándole a él y abandonando precipitadamente la casa de baños.

Laurencio la buscó poco después inútilmente, sintiendo la inquietud por aquella *evasión* de Rosaura. ¿Cómo volver sin ella a su madre?

VII

EL ESCANDALO

—¿La señorita Dayle?... Es Daniel Austen quien habla.

Felisa había cogido el receptor distraída. Las confidencias de su hija la tenían amargada. ¿Rosaura, esposa de Laurencio?...

Pero aquello era un nuevo peligro... ¿Qué quería Austen de su hija? ¿Sería capaz esta...?

—Se retrasa usted demasiado... ¿Ha olvidado nuestra cita?

Se repuso en seguida, y velando por la honra de su hija, concibió un proyecto audaz.

—¡Qué había de olvidar! ¡Voy en seguida!

Y Felisa Dayle corrió a casa de Austen, dispuesta a poner en claro aquella intriga.

Sin embargo, antes de que ella llegara, conocía Estrella Austen la infidelidad de su marido, por un criado traidor, y se dispuso a intervenir.

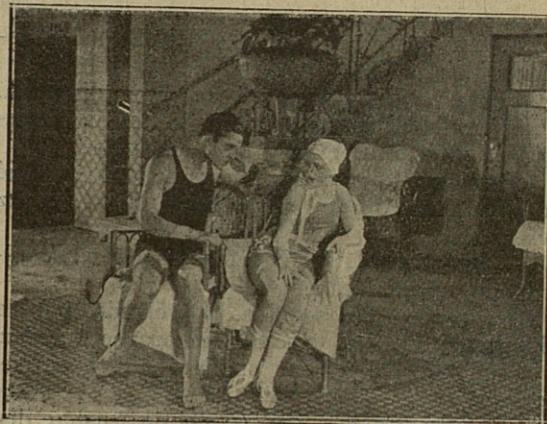
Entretanto, Rosaura acudía a la cita y ya Daniel se disponía a cometer una nueva cannallada, cuando uno de los criados le avisó la llegada de Felisa.

Ante el temor de un escándalo, encerró a

Rosaura en una alcoba y se dispuso audaz a hacer frente a su madre.

—¡Oh, señorita Dayle!... ¿A qué feliz circunstancia soy deudor de tan grata sorpresa?

—Menos comedias, señor Austen y en-



—Pero tú sabes el disgusto que la has causado?

—Tíéguese usted a mi hija! — contestó con entereza Felisa.

—Desde luego, se engaña usted... Aquí no ha venido nadie...

—Perdone usted que no le crea, señor Austen. Voy a mirar en ese cuarto.

Y resueltamente entró Felisa en la misma habitación donde se escondiera Rosaura.

Esta, al oír la voz de su madre, apurada, se escondió tras la vidriera del mirador, pero su sombra la delató...

Y en el mismo momento, cuando Austen se preguntaba perplejo en qué acabaría todo aquello, apareció en escena Estrella Austen, su mujer, dispuesta a cogerle en patente pecado de adulterio.

En vano fué que el calavera negara. Al abrir los acompañantes de su esposa — ¡había traído testigos! — la puerta del cuarto misterioso, apareció en su marco Felisa, pálida y desencajada.

—¡Ahí tienen ustedes la evidencia de la traición de mi marido!...

—¡Esto es una celada que se me ha preparado arteramente! — quiso protestar Austen.

Pero de nada le valió su protesta, y Estrella salió victoriosa de aquella casa una vez conseguido su propósito.

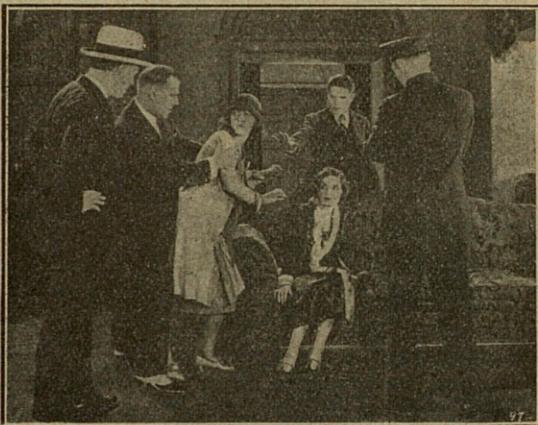
Y como en la vida corriente las cosas se complican como en el teatro, quiso la pícara casualidad que en el momento mismo en que salían, entrase Laurencio Emmet, que iba en busca de Rosaura.

El abogado de la señora Austen, le dijo triufante:

—La señora Austen acaba de encontrar a esta mujer aquí, haciéndole el amor a su marido.

—Dime que eso no es verdad, Felisa... ¡No, no puede serlo...! — exclamó Laurencio desesperado.

—No tengo nada que decir, Laurencio... Déjame... te lo suplico...



En vano fué que el calavera negara...

Y Emmet salió de la casa con la muerte en el alma, al tiempo que Rosaura, que había asistido medio oculta a aquella escena, se precipitaba llorosa en los brazos de su madre.

—¡Qué pena tengo, madre querida!... ¡Nunca pude sospechar el daño que iba a hacer te...!

—Sé valiente, Rosaura — exclamó la infeliz mártir, enjugándose las lágrimas—. Tú tienes aún una vida que vivir, y la mía pasó ya...

—No, no... Mía es toda la culpa... ¿por qué vine yo aquí...? ¡Ay, no es la vida un simple juego, como yo había creído...!

Y aquella niña que no era mala... pero era demasiado curiosa, lloraba sinceramente.

Daniel Austen estaba avergonzado de sí mismo.

Al ver aquel cuadro, exclamó:

—¡Tiene usted una madre admirable! ¡Hermosa ocasión la de usted, señora! ¡Yo lo pregonaré a los cuatro vientos...!

VIII

Y ROSAURA SE SALIO CON LA SUYA

Cuando hasta al periódico llegaba el rumor del escándalo... apareció en la sala de redacción, Rosaura, llorosa y descompuesta.

—Ha ocurrido una cosa terrible, Roger... — y con voz entrecortada por los sollozos, relató a Hillman lo que acababa de ocurrir, terminando con las siguientes palabras:

—...y Laurencio se marchó pensando Dios

sabe qué cosas de mamá, cuando su mayordomo ha enviado su equipaje al muelle.

—Yo veré el medio de arreglar esto... casi más por su madre que por usted.



—Tú tienes aún una vida que vivir... y la mía pasó ya.

Corrieron ambos a casa de Felisa a la que después de la explicación precisa dijo Roger:

—¿Qué piensa usted ahora del viaje a Ginebra?

—¡Oh, sí; ahora puedo irme... es más... lo deseo!

Y al día siguiente, en el "Leviatan", Laurencio, a quien Roger puso al corriente de lo sucedido, accedió gustoso al perdón que en medio de todo deseaba, pues Felisa era la gran pasión de su vida.

—El capitán casará a ustedes en el mar — terminó Roger—. Pueden ustedes usar mi anillo para la ceremonia. Se lo regalo.

—¿Su anillo? — gritó Rosaura.

—No se preocupe, mujer... Dentro de quince minutos habrá otro anillo semejante en los dedos de usted.

—¿De veras *quiere usted hacerme su esposa*, Roger?

El hasta entonces ingenuo director, se acordó de los consejos de "Clarissa", y a tiempo que se oía sobre cubierta y en los corredores: "¡A tierra los no pasajeros!", exclamó:

—¡Buen viaje y feliz unión! ¡Hasta la vista!

Y cogiendo a Rosaura en brazos, como lo que era, como una chiquilla, cruzó el buque, atravesó la plancha y se mezcló entre la multitud que despedía al "Leviatan".

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

EL BUSCADOR DE EMOCIONES

por Richard Dix, Jacqueline Logan, etc.

Postal-regalo: ANNA Q. NILSSON

LA NOVELA FILM

sale todos los martes.

Precio: 30 cts.

PRONTO

Z A Z A

por GLORIA SWANSON

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le faltén para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

“NO LO OLVIDE NI LO DEMORE!!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

*Pida
detalles
a*

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA**